

— Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han visto ojos mortales. Aquélla en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparación de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita y sacó un cordón. Le besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorrumpió en estas palabras :

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita, y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició también y exclamó al besarla :

¡Ay linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordón y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas :

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á

seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó á la mesa, donde aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del Príncipe. Entonces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo :

— Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de día, Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pie del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traído del río, y hasta la naranja corredora estaba allí también.

— ¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luego se detenía en cualquier hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía

lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entonces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demás. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido antes.

Ya apenas dudó de que había soñado. — Ningún objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

V.

Mientras acontecian, en sueño ó en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente; y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y aun almorzado en aquella época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió á despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

— Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

— ¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

— Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las levanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

— Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detrás de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oír la aparición del pájaro verde, la Princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana; una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneración y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no menos disculpables, inocentes y delicados.

— Ahora sí, decía, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa*. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era y es un amor que, por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazón. No he visto al Príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de

su vida, sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso, leal.

— Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi visión no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado afición, es al escudero.

— Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas seréis mandarinas y damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

— ¿Y cómo podremos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

— Yo misma, contestó la Princesa, iré al palacio en que viven y allí veremos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narración, la terminó entonces, é hizo ver que no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atención, estuvo meditando un rato, y dijo luego á la doncella:

— Ve á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico*.

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de *Los Reyes*, y leyó en alta voz los siguientes reglones:

« El mismo día en que murió el Emperador chino, su único hijo, que debía heredarle, desapareció de la corte y de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria. »

— ¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

— ¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? He ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

— Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

— De ello trato, añadió la Princesa, y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é incommunicados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí tenéis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y er. babuchas, sacó de un

escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecución lo convenido, y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico*.

VI.

Cinco días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro el misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágica que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel día debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía ésta á la consulta que le hizo, montó á caballo al ama-

necer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa*, que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

— Mi situación es terrible. Tres veces he ido inútilmente á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estación, y ya para entonces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

— No os aflijáis, hermosa Princesa, dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarnos la carta y traérosela. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

— Sin embargo, yo soy de opinión, añadió la lavandera, de que se envíen más hombres contra el

Príncipe tártaro. Aunque éste, á la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, según se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas y le pidió su apoyo. Éste se le otorgó y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados, salió de la capital decidido á morir en la demanda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Después de la partida del general, la Princesa juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que fundada su hija en un sueño, enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

— ¡Ay hija! exclamaba, tú has echado un sangriento borrón sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó también, y se arrepintió de lo que había hecho. Á pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al general para que

no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entonces aún no había telégrafos, y los pespachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos los soldados del Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecución transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarria, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hacia el Príncipe único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entonces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratagema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle; hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Éste esperó con ellos á los enviados

que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo día volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente : no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á todos los empleados en la interpretación de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acudieron también; mas, aunque se les prometió el perdón si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entonces el más desventurado de todos los Reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crimen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado, cuando al despertarse al otro día muy de mañana, supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras :

« Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar á dónde voy, si no quieres verme muerta. Bástete;

saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adiós. »

VII.

La *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas, á pie y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballerías hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdón sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la Princesa á pie y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretensión. En toda la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraídas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole

siete días por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el día caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldición del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. Á pesar de la natural bondad de su alma, su religión sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiración, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, según queda dicho, por espacio de siete días.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave :

— Gracias al cielo que al fin estáis aquí. Cien

años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel antes de la confusión. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incommunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del día. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparación de la ciencia que aquella lengua, llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana há, por disposición tuya, ¡ *Princesa Venturosa* ! y ya no queda

en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo; y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

— Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y profundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

— Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. Á cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imagen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse los oídos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oír las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada:

— No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh Princesa Venturosa! que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el día son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano por medio de su incompleta y enfermiza razón llegará á conocer, cuando pasen mi-

llares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la substancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elocubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

— Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si, después de lo que hemos pasado para encontraros y siendo vos el único que podéis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no queréis traducirla.

— Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interés para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle lejos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamientos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo también el Príncipe un palacio, donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplían las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinión que tiene de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza humana en general, juzgó imposibles de cumplir :

Fué la primera condición, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el más ligero estímulo de liviandad. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condición, ya cumplida también, que el Príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto, cuanto invencible á una Princesa de su clase.

La tercera condición, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condición, en cuyo cumpli-

miento habéis de intervenir las tres doncellas que me estáis oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas antes de morir os pondré en el palacio del Príncipe á lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros, y se zambullirán, y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los veréis; mas habéis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguiréis sin ser vistas, y allí permaneceréis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito :

¡Ay cordoncito de mi señora!

¡Quién la viera ahora!

La Princesa, entonces, y vosotras con la Princesa, os mostraréis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio pesee aquel encantador endiablado.

Apenas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de súbito detrás de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmoción toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún, casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekín. El general que mató al Príncipe tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarín y una pensión de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China, vivieron largos y felices años, y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermoso. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de SS. MM., y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.

LA ESCLAVA DE SU PADRE

POR

ELÍAS ZEROLO